

definiciones exactas (*"Hay confusiones solamente permitidas a la poesía..."*) Cuando abordamos el tema de las creencias, se autocalificó de "agnóstico", e inmediatamente se (nos) refirió al Diccionario de la Real Academia. Agnosticismo: Doctrina filosófica que declara inaccesible al entendimiento humano toda noción de lo absoluto..." *"Son dominios con los cuales no me meto. Soy profundamente anti-dogmático. Tengo creencias desorganizadas"*. Y pensativo agrega, respondiendo a observaciones de los presentes acerca de la vertiente mística de la obra, de la vocación del Sacrificio: *"Creo en el Sacrificio, en una capacidad de sacrificio presente y diferente en cada hombre... ¿Temperamento monástico? Puede ser. Dentro de mi agnosticismo, soy un hombre de espíritu religioso... y perdono: no tengo odio ni trato de vengarme, "es una actitud preexistente"*.

Cuando don Héctor habla, los aforismos brotan espontáneamente. Se lo hacemos notar. Se ríe: *"Es algo propio de los viejos"...* Diríamos mejor, es una calidad de los Clásicos. Retuvimos una hermosa imagen sobre la poesía y los poetas dominicanos actuales: *"Se sigue haciendo buena poesía; lo que pasa es que cuando hay demasiados árboles, no dejan ver el bosque"...* y esta apreciación algo humorística: *"Los poetas escriben bien lo que conocen mal"*.

¿Volverá don Héctor a escribir poesía? No le hicimos la pregunta. El está preparando sus Memorias, etapa previa de preparación intelectual. Esperamos lo que será, según una autocrítica..., el fruto de una *"memoria espasmódica"* que otros considerarían como excelente y muy precisa... El carro está delante de la puerta... Don Héctor se dispone a emprender una larga jornada de trabajo... Nos despedimos. El patio interior. Los libros. Los cuadros. La calle. Otro mundo.

ARTE DOMINICANO DON HECTOR ENTRE NOSOTROS

La partida de Don Héctor nos ha consternado a todos. Ha sido el flagelo moral y emocional después del tremendo golpeo del huracán. La muerte de Don Héctor cobró ya dimensión de símbolo: él fue una víctima de la entrega a los demás, al trabajo, a la búsqueda del ideal "que se va de las manos cuando uno cree que lo va a tocar" —así lo escribió—. Su muerte nos ha consternado, tal vez un poco egoístamente. Porque sabemos que ya no está ese fiel amigo de todos, hacia

el cual todos acudían en pos de estímulo, de ayuda, o de afecto simplemente.

Generalmente los grandes hombres, las grandes inteligencias, los grandes poetas son controversiales, temidos, queridos u odiados apasionadamente. Pero Don Héctor era la excepción, unánimemente objeto de un hondo cariño y de un profundo respeto. Los jóvenes autores lo hacían copartícipe de sus primeras obras, cualesquiera fuesen sus tendencias anhelaban sus consejos y su orientación, lo iban a visitar porque “necesitaban” conversar con él. Los artistas también lo asociaban a sus creaciones, confiando en su sinceridad y en su juicio. Los responsables culturales llegaban hasta su casa o su despacho, seguros de que encontrarían allí una contribución concreta a las tareas emprendidas. Su inmensa receptividad se confundía con virtudes todopoderosas, y lo más extraordinario es que cada uno que se le acercaba se sentía respaldado y esperanzado.

“Yo solamente doy buenas noticias” decía Don Héctor y cuánta fruición dejaba entrever al hacer un poco o mucho más feliz a la persona agraciada. Integridad y generosidad raras que se regocijaban por la dicha ajena y que callaban su propia contribución a esta buena suerte. La limpidez de su alma y su plenitud interior dirigían su mirada hacia adelante y no le permitían detenerse en el rencor o la hostilidad. “La murmuración no mata/ y la incomprensión nos duele sin ahogarnos”, hermosos versos “De Vida Temporal” que eran una profesión de fe: “Se secó un rosal, y otro sembraron”.

Tampoco manifestaba conformidad por el deber cumplido; el pasado permanecía en el porvenir para realizar los sueños de antaño, para convertir en realidad proyectos beneficiosos para la educación y la elevación del hombre. Pensamos en el centro de la cultura de Santiago que es verdaderamente el centro “Héctor Incháustegui Cabral”. Pensamos en su labor incansable en la Universidad Católica Madre y Maestra, en su amor por el libro que fomentó editorialmente al través de los más destacados textos. Pensamos en las tantas manifestaciones nacionales e internacionales que auspició y apoyó, siempre que redundaran en beneficio de la nación y de los valores dominicanos: ferias, concursos, exposiciones, bienales, simposiums, festivales.

Era un ciudadano de Baní y de Santiago que tenía presente al pueblo y al país enteros; un ejemplo entre mil fue la inolvidable muestra Imagen exhibida en la biblioteca de la Madre y Maestra y que Don Héctor quería traer a Santo Domingo: “No darle oportunidad a